

nazo » (p. 157) « Por el reconocimiento de la Inglaterra, escribe Bulnes, se imponía á Juárez que reconociera la obligación de indemnizar á los súbditos británicos por todos los males que hubieran recibido de los varios partidos. Era una exigencia de expoliación de dinero y de soberanía. Juárez la aceptó sin vacilar., porque su política con Inglaterra consistió en reconocer todas sus reclamaciones injustas y humillantes, con tal de ser reconocido » (*Ver.* p. 46-47) como presidente de la república mexicana; que en ésto precisamente consistía « el verdadero patriotismo » al cual ese « gran presidente » postergaba siempre el honor y la independencia de la nación.

En años posteriores, « el diputado Zamacona, escribe un liberal, hizo dolorosas reminiscencias de esa época funesta anterior á la Intervención; tuvo el suficiente patriotismo y abnegación bastante para reconocer que él mismo, siendo ministro de Relaciones, se vió en la necesidad de dar su asentimiento á condiciones impuestas por el gobierno inglés, poco conformes con el decoro nacional y los derechos de la Nación; hizo ver que el Presidente que á tanta altura había hecho elevar su nombre, sucumbió también á la triste necesidad de consentir en condiciones humillantes para la honra nacional dictadas igualmente por el representante del gobierno británico. » (*Cos.* t. 20. p. 273).

Cuando vió Juárez que la Europa, imprudentemente retada por él, iba á desembarcar sus tropas en el territorio mexicano, pretendió conjurar la tempestad que había desencadenado sobre su patria, expidiendo el 25 de enero de 1862 un decreto que imponía la pena capital á los que tuviesen la desgracia de no pensar como él. « Este decreto, dice Vigil, calificado de bárbaro por los intervencionistas, nada tenía de extraordinario, pues en todos los tiempos y en todos los países, delitos de esa naturaleza han sido castigados con el mayor rigor. » (p. 506). Por cierto nada extraordinario tenía, siendo como es cosa corriente entre liberales ahogar la libertad bajo el peso de su tiranía, y después componer ditirambos en su honra. Los que lo calificaron de bárbaro no fueron precisamente los intervencionistas : fué el pueblo entero que lo llamó la ley mortuaria; fueron los liberales como Rafael Martínez de la Torre, é Hilarión Frías y Soto, fué hasta cierto punto el mismo Vigil quien, acostumbrado á pasarse de admiración ante los mismos desperdicios de la literatura del « gran ciudadano » (p. 859), por él reproducidos en su obra hasta el fastidio, tuvo la precaución esta vez de correr un velo discreto sobre los 34 artículos de esa ley que llama « feroz » el señor Bulnes. (*Ver.* p. 699), y que Rafael Martínez de la Torre calificó de « severa, » diciendo que someterse á ella y morir, era consecuencia natural; que caer bajo su aplicación era perder hasta la más remota esperanza de otra pena que no fuese la capital. Dicha ley era, según Frías y Soto, « más cruel y sanguinaria que la ley de 3 de octubre, » expedida por Maximiliano. (Citado por *Za*).

En virtud del decreto de 25 de enero, se condenaba á muerte á los que se rebelasen contra las autoridades republicanas, contra la Constitución de 57, bien se proclamase su abolición ó reforma; á los que contribuyesen de alguna manera á que en los puntos ocupados por la intervención se organizase cualquier gobierno, dando su voto concurriendo á juntas, formando actas,

aceptando empleo ó comisión; á los que facilitasen noticias, combatesen contra el gobierno republicano, ministrasen recursos á los sediciosos, ó á las fuerzas francesas, fuesen de armas, víveres, dinero, bagajes, ó impidiesen que las autoridades republicanas las tuvieran, sirviendo á los mismos enemigos de espías, correos ó agentes de cualquier clase; á los que esparciesen noticias falsas, alarmantes, ó que debilitasen el entusiasmo público, ó comentasen esas noticias de una manera desfavorable; en fin, á todos cuantos obrasen en contra de las opiniones políticas de Juárez, de ese « gran ciudadano » que alardeaba, un año antes, de haber derrocado todas las tiranías, y había prometido que en adelante, con su gobierno, « la libertad sería una realidad magnífica. »

El 12 de abril, expidió otro decreto declarando que desde el día en que los franceses rompiesen las hostilidades quedaban declaradas en estado de sitio todas las poblaciones que aquéllos ocuparan, siendo castigados como traidores los mexicanos que permanecieran en ellas, y sus bienes confiscados á favor del tesoro público. Se imponía la pena de muerte como traidores á todos los que proporcionaran víveres, noticias, armas, ó que de cualquier otro modo auxiliasen al enemigo extranjero. 'A los pocos días, el mismo Juárez violaba su decreto y declarábase traidor y merecedor de la pena capital, con mandar á las poblaciones ocupadas por el enemigo á su ministro Higinio Núñez y demás empleados que lo habían acompañado en sus peregrinaciones, y con « ministrar recursos á las fuerzas francesas » pagándoles el impuesto por sus inmuebles radicados en la capital de México.

Si tantos odios se concitó, aun entre los mismos liberales, ese tiranuelo huraño y semibárbaro, ¿por qué no se hizo un empuje enérgico para derrocar un gobierno que entre las naciones europeas pasaba por afrenta de la civilización? Fué por temor de debilitarse con disensiones intestinas en presencia de la invasión extranjera, según confesión de los mismos liberales. « La Intervención, dice el General Mirafuentes, vino á salvar á Juárez de la caída deshonrosa que le hubiera hecho sufrir la oposición. » (*Men.* 22 marzo 1871) « La Intervención, agrega el señor José Fernando Ramírez, para sólo Juárez fué benéfica. » (*Imp.* t. 1. p. 105).

CAPÍTULO XII.

Huída de Juárez á San Luis Potosí. — Entrada de los franceses á Mexico, adopción del gobierno monárquico por la Asamblea de Notables, y elección del archiduque Maximiliano para emperador. — Vindicación del partido conservador. Aclamación del Imperio por la nación entera. — Derrotas sucesivas de los republicanos. — Perjurio de Ramón Corona y carta célebre de Zamacona á Juárez.

EL 29 de mayo publicó Juárez un nuevo decreto en que daba á saber que los poderes federales se trasladarían á San Luis Potosí; y el 31 del mismo mes, en unión con sus ministros é innumerables personas, « abandonó en vergonzosa

y precipitada fuga » (*Márq.*) á México. « Dice Matías Romero que Juárez salió de la capital á las tres de la tarde, después de haber cerrado las sesiones. Es mentira : se desapareció furtivamente á la madrugada, inutilizando los enormes sacrificios y gastos que había causado á la población, (*Imp.* t. 1. p. 118) abandonando en las obras de fortificación 97 cañones, 986,000 cartuchos, 21,196 proyectiles, 4,429 cartuchos de cañón, 12,300 kilogramos de pólvora y 300,000 cápsulas y cohetes de varios tamaños que aprovechó el enemigo, y así « evitando el que se hiciera una resistencia heroica que tal vez no hubiera podido vencer el enemigo. » (J. N. Mirafuentes. *Men.* 22. marzo 1871) « Fué mala inspiración ésta : México se habría defendido un mes; un mes habría gastado Forey en venir de Puebla sobre la capital, y el resto del año en reorganizar su ejército, mientras el gobierno concentraba nuevamente en el interior los elementos de la resistencia que, con su retirada, iba á diseminar por fuerza. » (*Ev.* p. 288.)

« Cinco ó seis días antes de la fuga de Juárez, escribe Ignacio Altamirano, se presentó en el Congreso el ministro Fuente muy belicoso y muy resuelto; y contestando á una proposición hecha por el diputado Baz, para que los supremos poderes saliesen de México, dijo : que tal medida era una debilidad y una cobardía en las circunstancias, y que tenía orden del señor presidente para decir á la cámara que estaba resuelto á sucumbir bajo los escombros de México, aunque fuese rodeado de un centenar de patriotas. » (*El Correo de México.* 12 sept., 1867) Juárez había manifestado ya, en su proclama del 20 de mayo, que « la capital se defendería hasta la última extremidad, y que él había vivido demasiado, siendo su sola ambición morir gloriosamente por su patria. » En un banquete había retado, la copa en la mano, á todo el ejército francés, diciendo con ardor belicoso : « Brindo porque México se hunda antes que sucumbir al furor de los invasores, y á falta de elementos de guerra « se les persiga y se les destroce con los dientes y con las uñas. » Riva Palacio é Ignacio Ramírez, no menos fanfarrones que Juárez, « vociferaban desde la tribuna, con aire de Sparafuciles, que no le importaba á México la agresión de tres naciones; que podían venir juntas ó separadas todas las del orbe, y ni aun así nos sentiríamos apurados. » (*Za. Misc. Sal.* p. 19.)

Prosigue diciendo Altamirano : « El memorable 31 de mayo 1863, el gobierno llevándose cerca de un millón de pesos para San Luis Potosí, dejó al ejército del centro, mandado por Garza, marchar sin dinero para Toluca, á los enfermos de los hospitales militares huir arrastrándose y pidiendo limosna como los hemos visto nosotros y todo el mundo; á los patriotas saliendo hasta á pie de la ciudad abandonada, y á ésta poseída de un sentimiento difícil de describir. Eran el desaliento, la indignación, la tristeza, la desesperación en confusa y dolorosa mezcla. » (*loc. cit.*)¹

¹ « El ejército se iba á la ventura, fraccionado, impotente aun para formar una escolta de aparato á Juárez errante. Con tal fin, un cuerpo de ejército se formó al mando del General D. Juan José de la Garza. Porfirio Díaz se incorporó á él con algunos batallones de Guardia Nacional conglomerados de

‘A este propósito decía el General José María Arteaga : « La fuga ridícula y precipitada que han hecho Juárez y Garza de México, nos viene á probar que son nulidades de primer orden. »

El 10 de junio los Franceses entraron á la capital bajo una incessante lluvia de flores y de versos, de coronas y de cintas de raso con expresivas inscripciones que les arrojaban de los balcones y azoteas. No hay escritor de los que presenciaron la recepción hecha á los franceses, agrega Zamacois, que no la haya descrito como una de las más pomposas y lucidas. « Entró el ejército franco-mexicano en la capital, dice Hidalgo, en medio de una lluvia de flores, de coronas, de banderas, de arcos de triunfo, de palmas victoriosas, de inscripciones y de cohetes; y más de cien mil personas ocupaban los campanarios, las azoteas, las bóvedas de las iglesias, los balcones, los pórticos de las casas, y llenaban las calles y plazas de la ciudad aclamando frenéticas la victoria de los aliados. » (*Colección de Documentos para la Historia del Segundo Imperio Mexicano.* « Una muchedumbre inmensa, dice un liberal, se arrodillaba en los Te Deum de Forey y tomaba velas en sus procesiones. » (*XXX. Porfirio Díaz.* p. 350.) Aun los que escribieron en Europa, por informes de los liberales, presentaron esa recepción deslumbrante. En su *Historia de la Guerra de México*, publicada en Madrid en 1867, el escritor liberal Pedro Pruneda dice : « Repiques de campanas, coronas, versos, flores, flámulas, gallardetes, vistosas colgaduras en los balcones, alfombra de verdura en el pavimento de las calles, magnífica pompa religiosa, nada se omitió para que la recepción fuese lo más ostentosa posible. »

En julio, la Asamblea de Notables, donde estaban representados todos los colores políticos y todas las clases de la sociedad, adoptó, como forma de gobierno para México, la monárquica con un príncipe católico, y ofreció la corona al archiduque Fernando Maximiliano, hermano del emperador de Austria. « Es preciso confesar, decía Mr. Bigelow, embajador de los Estados Unidos en París, que la prueba que se ha hecho en México, hace casi medio siglo, de las instituciones democráticas y republicanas, está muy lejos de serle favorable, y que ella ha causado á este desgraciado país más males que procurándole beneficios. » No es de este parecer el grave señor Vigil : de aquí el que diga, malhumorado y con marcado desdén, que « querían los conservadores implantar en México las decadentes instituciones del viejo mundo. » (p. 714.)

‘A fe que deben ser devoradas de la más negra envidia, Inglaterra, Alemania, Bélgica y Holanda al ver florecer en México y demas mojíngangas de repúblicas de la América Latina, la ley fuga, la guerra civil, la criminalidad y la profunda ignorancia de las masas. Respecto á México, la estadística, esa

prisa y de modo incoherente en la Capital de la República. Uno de ellos que formaba la retaguardia sale de México sin su jefe directo, el coronel Rángel, que desapareció. ‘A la primera jornada, el batallón se sublevó. Persegui á los sublevados, dice Porfirio Díaz, matando á algunos; aprehendí á casi todos los demás y los diezme después en el llano de Salazar, en presencia de las tropas formadas. » (*XXX. Porfirio Díaz.* p. 343.)

ciencia tan ensalzada por el positivismo, demuestra que por cada grupo de 100,000 habitantes, su capital tiene 125 homicidios, mientras que Francia, Inglaterra y Alemania, no tienen ni tres homicidios por este mismo número de habitantes. En cuanto á instrucción, Inglaterra y en general todos los países europeos instruyen á la quinta parte de su población general; Honduras instruye á la décima parte, Costa Rica y el Ecuador á la vigésima; México instruye solamente á la trigésima parte de su población total. « No cabe duda, concluye un periódico : somos el pueblo más ignorante y más criminal del mundo. » (*Ti* 5 febr., 1896.) Lo propio repitió un diputado liberal en plena sesión del Congreso : « El pueblo mexicano es el pueblo más criminal » (C. Roumagnac. *Los Criminales en México*. p. 7) « y más borracho del mundo » (*Voz*, 5 dic. 1896), aun después de haberse bañado, durante tantos años, en torrentes de luz y de progreso que le trajo el gobierno liberal. Por lo mismo parece gran bobería el que un escritor de tantas campanillas como Vigil, tenga la fatuidad de hablar despreciativamente de lo que él llama « las decadentes instituciones del viejo mundo. »

« No he visto en ninguna parte, dice el belga Dalloz Latour, más presunción y más ignorancia de su estado social que en esos abortos de naciones, donde el cinismo llega hasta burlarse de España por su quijotismo, cuando tienen centuplicado lo ridículo de España, y no poseen nada de la grande historia seria de España. Si oís hablar en público á esos repúblicos, proclaman abyección á toda Europa porque no goza de sus libertades, y en particular os confiesan con lágrimas de mujer su mísera esclavitud. » (*La Bêtise Démocratique*. p. 134.)

¿A pesar de sus ideas liberales y de la tan cacareada « escuela filosófica » á que se jacta de pertenecer, no deja de reconocer el señor Cosmes, que « se ha adelantado ya lo suficiente en sociología, para reconocer que las formas de gobierno no constituyen por sí solas la libertad y el progreso de las naciones. Lo mismo la monarquía que la república pueden contribuir á la vida libre y progresista de un pueblo, siempre que una ú otra se adapte al medio social sobre el cual rija, y encuentre en ese medio condiciones propias de viabilidad, y no pugne con las ideas y las costumbres de aquel medio. Hay monarquías como la belga por ejemplo, ó la holandesa, en las cuales reinan mayores libertades, tanto políticas como sociales, que en ese modelo de repúblicas, llamada la Unión Norteamericana, dominada por la tiranía del capital. » (t. 19. p. XVI.)

El partido conservador estuvo tanto en su derecho para adoptar la monarquía, como el liberal lo ha estado para establecer la república. Ni se diga que no podía la Asamblea de Notables imponer la monarquía, porque este modo de legalizar las situaciones había sido siempre reconocido en México desde el primer gobierno independiente que se dió la nación hasta

¹ « La América española no necesita ser conquistada; el alcohol nos la entregará y no tendremos que vencer, sino simplemente acabar de enterrar á esas razas ya muertas para la civilización. » (Brown. *The Political Action of Alcohol*. p. 12.)

el nombramiento para presidente, hecho por una asamblea de notables, en el General Juan 'Alvarez. El primer gobierno de México, al separarse de España en 1821, fué la Junta Provisional Gubernativa nombrada por Iturbide y compuesta de 34 miembros. La Constitución de 1843, conocida con el nombre de bases orgánicas, fué obra de una asamblea de notables nombrada por Santa Anna. En 1846 el General Paredes nombró otra asamblea de notables con el encargo de elegir un presidente interino. En 1855, otra junta de notables eligió para la primera magistratura al caudillo de la revolución de Ayutla, General 'Alvarez á quien puede llamarse el patriarca de la Reforma. Abundando en este sentido, pregunta Cosmes : « ¿ De dónde provino la situación constitucional de 1857 sino de una revolución? Y el Congreso que formó el código fundamental de la república ¿ tuvo otro origen que la convocatoria que dirigió al pueblo para que eligiese sus representantes un gobierno que, nacido de la revolución de Ayutla, ejercía el mando supremo en nombre de los poderes de la guerra? » (t. 23. p. 496.) Y en su plan de la Noria, ¿ no propuso también D. Porfirio Díaz una junta de notables que constituyera al país? Si el gobierno emanado de esas asambleas se tuvo por legítimo en concepto de los mismos liberales, no podía tener menos legitimidad la monarquía fundada en 1863 por una asamblea que, á la circunstancia de ser la más numerosa que hasta entonces se había visto en México, se componía, dice el señor de la Barreyrie, « de todos los propietarios y los hombres laboriosos, de todos los que por medio del comercio, la industria y las profesiones liberales, trabajan por el bienestar del país sin dejar peligrar sus intereses particulares, la parte más sana de la población, la sola que tiene derecho á que se la llame pueblo, y que, como á tal, se respete. » (*Révolutions sur l'Intervention Française au Mexique*.) « Nosotros, escribe Arrangoiz, agregaremos que de toda la parte de la sociedad que en algo apreciaba su Historia, sus tradiciones gloriosas; de los indios que esperaban que el Imperio les volviera su antigua y paternal legislación..., ese partido y esos hombres son los que llevaron al trono á Maximiliano, porque prometió lo que se quería ante todo : la reparación del santuario, la conservación del principio católico, y con ella el establecimiento sobre base firmísima del poder civil; pues, no hay que dudarlo : la restauración de 1863 fué una obra de aspiraciones católicas, como lo fué la proclamación de la Independencia en 1821; porque entonces tuvo por causa principal el movimiento, el horror con que se veían las ideas que se habían manifestado en las Cortes en materias religiosas, dice el señor Alamán en su *Historia de la Revolución de México*. » Con razón José Joaquín Pesado hace notar en la biografía de Iturbide (*Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. t. IV), que á la emancipación del país en 1821 fueron hostiles las logias masónicas dirigidas en lo general por oficiales españoles interesados en la conservación y la boga de las leyes liberales de la metrópoli. Pues bien, « los hijos y los descendientes de los que en 1821 llamaban al trono de México á Fernando VII, dice Arrangoiz, son los que llevaron al trono á Maximiliano; fué el mismo partido, el conservador al cual ningún otro, en ningún país, le ha llevado ventaja en consecuencia y abne-

gación. » « Fuera de la del segundo Imperio, que fué una guerra en que lucharon ideas y sentimientos sinceros y en que se batieron los intereses nacionales, la mayor parte de nuestras otras revueltas no han tenido más móviles y designios, que el triunfo de ambiciones bastardas y codicias rastre- ras. » (*Cue.*) Tan es verdad lo anterior, que muchos liberales (*El Correo del Lunes*. 13 oct., 1884) han hecho el elogio de los conservadores á quienes el señor Bulnes declaró en pleno Congreso « congestionados de honra, aunque comiendo algunos de ellos el pan de la limosna. » (*Voz*. 10 enero 1885.)

En el gobierno liberal, « algunos funcionarios, dice un jacobino, Jacinto Pallares, en nuestros días, en menos de un quinquenio, han sacado ellos y sus adictos, no 200,000, sino tres ó cuatro millones de pesos; » (p. xxi) mientras que por el contrario, « los conservadores católicos por su pericia y honradez han prestado excelentes servicios, principalmente en las oficinas de Hazienda y en el ramo judicial, y han contribuído considerablemente á la moralización de los empleos... Con admirable buen sentido el General Díaz favoreció la formación de los Ayuntamientos, en su mayoría, de individuos pertenecientes al partido conservador católico, y los resultados obtenidos en cuanto á buena administración han sido excelentes. » (*Cos.* t. 23. p. 325.)

En ese concierto de alabanzas tributadas al partido conservador por sus adversarios, es, por lo mismo, sumamente chocante oír á un antiguo redactor de *La Voz de México* y del *Amigo de la Verdad*, afirmando calumniosamente, en un libro que es de texto en varios colegios católicos, « que todos los miembros del partido conservador atendían sólo á sus propios intereses; » que « eran orgullosos y dotados de una falsa virtud; » que « no hallaban como turbar la paz; » que « lejos de preocuparse del porvenir del país, se hacían la ilusión de que defendían la causa de Dios, cuando sólo procuraban satisfacer su propia ambición; » que « sus hombres de guerra, enorgullecidos por una virtud que no tenían, pero que creían tener, se figuraban ser los nuevos Macabeos destinados á exterminar á los enemigos de la Iglesia, y hacían apresto de armas, sin comprender que las mejores armas del cristianismo son las virtudes... Y posesionados los conservadores de la idea de que eran virtuosos, veían con infinito desdén á todos los que no pensaban como ellos. » (*Rey.* p. 163, 170, 171, 177.)

Siendo de moda ahora, entre ciertos católicos de México, avergonzarse de sus antepasados á quienes calumnian con el fin de congraciarse con el partido liberal « al cual pertenecen el episcopado, el clero, todas las clases de la sociedad y todos los periódicos católicos, » (*Pa.* 17 enero, 28 junio, 28 febr., 1901) es curioso é instructivo á la vez oír con qué unción y fervor hablaba de la elección de Maximiliano, uno de esos periódicos antes de voltear casaca. « Los votos de los Mexicanos proclamando el Imperio de Maximiliano, decía, sin contar los millones de personas que no pudieron ó no supieron firmar, no fueron de unos cuantos miles, como han sido después los votos computados pero no firmados, en favor de los presidentes. Tales votos se contaban por centenas de millar, y hasta por millones calculando los que no fueron suscritos. Ninguna elección de presidente fué más popular

que la del Emperador Maximiliano. Así es que la proclamación de la Asamblea de Notables fué aceptada por una inmensa mayoría de la nación con el beneplácito suyo y con toda libertad. El ejército francés no la impuso por la fuerza, pero sí la garantizó, en honor de la independencia nacional, con su presencia y con su sangre. » (*Voz*. 29 enero 1885).

Lo mismo han dicho los escritores liberales. « Con grandes fiestas, escribe Rivera, fué celebrada en la capital la noticia de la llegada de los príncipes. » Y cuando llegaron, « no solamente fueron á encontrarlos fuera de la ciudad multitud de señoras en elegantes carretelas abiertas, sino que concurrió tanta gente de las poblaciones circunvecinas, que se levantaron gradas en las calles, y fué pagado á precio de oro un lugar en balcón ó azotea de las casas que estaban en la carrera seguida por la comitiva. » « Multitud de personas de la alta aristocracia, dice Manuel Payno, salieron en México á recibir al nuevo emperador. » Y no hay periódico juarista, agrega Zamacois, que no acuse á las clases privilegiadas de haber sido adictas al Imperio.

« Los prelados mexicanos, según un documento pontificio, dieron demostraciones de gozoso afeño al joven monarca antes de su elevación al trono; » y cuando éste hizo su entrada á la capital, el 12 de junio de 1864, publicaron una carta pastoral colectiva los arzobispos de México y Michoacán, y los obispos de Puebla, Oaxaca, Caradro, Querétaro, Tulancingo, Chiapas, Veracruz, Zamora y Chilapa, en la cual prevenían que en todas las misas que se celebrasen, excepto las festividades de primera y segunda clase, se diese en lo sucesivo la oración pro electo Imperatore.

Cuanto á las clases desheredadas, confiesan los liberales que fué más entusiasta y espontánea todavía su adhesión al nuevo orden de cosas. « Desde Orizaba á Puebla, escribe Pedro Pruneda, el viaje de los emperadores fué una continua ovación. En el pueblo del Ingenio les esperaban sus habitantes con flores y ramilletes. » Pues, « era fanático el entusiasmo que en todas partes le manifestaba aquella pobre y desgraciada raza. »

Entre muchas especies falsas que un corresponsal juarista y yanqui del *Heraldo* de Nueva York mezcló con su descripción de la entrada de Maximiliano en México, se notan las siguientes confesiones : « Luego que se supo que el Emperador se dirigía hacia Guadalupe, la más notable parte de los ciudadanos salieron á encontrarlo en un tremendo estado de agitación y entusiasmo... Pocas veces presentó la ciudad un aspecto tan esplendoroso como en aquella ocasión... La iluminación de la noche fué la parte más brillante y feliz de la demostración; las casas de las calles principales estaban enteramente transformadas en palacios de luz y de belleza. Por todas partes lucían los colores más brillantes y de mejor efecto... Yo observé como un rasgo curioso de este regocijo público, que un gran número de soldados franceses estaban mezclados con la multitud, y en su mayoría semejabán ser una clase de individuos muy joviales. » (26 junio 1864.)

« En su tránsito de Veracruz hasta la capital, Maximiliano fué espontáneamente aclamado con ardor que ni siquiera podíamos sospechar, dice Bulnes, por la raza indígena que vió en él un salvador, un vengador ó un

restaurador de algo que le faltaba á esa infeliz gente. » (*Ment.* p. 316.) Y como los indios formaban más de las dos terceras partes de la población, resultaba, por confesión de los liberales, que la inmensa mayoría de la nación proclamaba el Imperio; y que éstos, al combatirlo, violentaban á ese mismo pueblo que en son de burla llaman libre y soberano.

Para probar que el Imperio fué inmensamente popular, verdad que amarga á los liberales y se ha querido obscurecer, seguiremos recogiendo las confesiones que á éstos les ha arrancado la evidencia de los hechos que narramos. « Más de la mitad de los mexicanos, asienta Cosmes, se sometieron al Imperio. » (t. 23. p. 97.) Según Hijar y Vigil, « muchas eran las defecciones que tuvieron lugar en aquellos días de infausta memoria. » (*Ensayo Histórico del Ejército de Occidente.*) Según Ireneo Paz, « la defensa nacional estaba abatida, más que éso, estaba espirante. El sentimiento del patriotismo se había ido embotando, y todos querían ya que gobernara un emperador ó un demonio cualquiera... Al comenzar la Intervención á establecer su dominio en el país, después de haber alcanzado los más fáciles triunfos, pocos fueron los que quedaron con unos átomos de fe siquiera dentro del cuerpo, y por éso se aumentó tan prodigiosamente el número de los hombres que traicionaron á su patria, » (t. 1. p. 165, 201, 202) debido, dice Cosmes, « á las simpatías casi irresistibles que Maximiliano inspiraba á sus mismos contrarios. » (t. 19. p. 6.)

Un panegirista de Juárez y contradictor de Bulnes se produce así : « Almonte no carecía absolutamente de razón al decir á Napoleón III que la sociedad mexicana era todavía monárquica por los hábitos, los sentimientos, las tradiciones, las ideas, las leyes, la religión, los intereses, la educación... Profesaba ideas republicanas sólo la clase media que estaba representada por un número ínfimo... De donde resultó que un número inmenso de mexicanos se declararon enemigos de la patria. » (*Gar.* p. 9. 10. 63.)

« Las indiadas apáticas, prontas á seguir al que las tirase del roncal, rumbo al paraíso, allanaban el camino á la invasión franco-austriaca. En Oaxaca, los hermanos zapotecas del gran Juárez seguían la misma pendiente de abyección... La llegada de Maximiliano y Carlota (abril 1864) aceleró el movimiento general anti-republicano. Una curiosidad malsana por aquel simulacro de corte imperial degeneraba en adhesión traidora que se extendía como una epidemia. » (*XXX. Porfirio Díaz.* p. 351, 350.)

La verdad es que « se hizo todo lo posible para echar á las poblaciones en brazos de la Intervención. La mayoría de las actas de adhesión al Imperio, dice Bulnes, fueron voluntarias. La mayoría de la nación no creía ya entonces que la Intervención comprometía la independencia; y el resto, exceptuando al enérgico grupo liberal, estaba hasta por perder la independencia con tal de llegar á conocer el derecho de propiedad, el respeto á la vida humana, á la libertad personal, la inviolabilidad del trabajo, el sueño sin pesadillas, la autoridad sin brutalidades, las leyes sin desgarraduras, los tribunales sin consigna y sin venalidad. » ¿Qué más? « Los jefes y oficiales del ejército republicano se desbandaban de sus filas para presentarse por pelotones, por batallones, por brigadas, á recibir el pan caliente de la Inter-

vención. La llegada á México del archiduque dió un golpe mortal á la causa republicana... Los liberales exaltados se fueron presentando en gran número, muchos de ellos convencidos de las ventajas de una monarquía opulenta y verdaderamente liberal, en vez de la vieja república deformada, falsa, tiránica, miserable, jacobina, anárquica. » (*Ver*)

En el sur de Oaxaca, « los trabajos de los liberales renegados, dice Porfirio Díaz, desmoralizaron tal manera la tropa de mi mando, que llegaron á desertarse guardias enteras... La defección de la guarnición de Tehuantepec tuvo consecuencias cada día de mayor trascendencia. » (*Memorias*).

En la Huasteca Veracruzana, la causa republicana estaba perdida, y el Coronel Escamilla escribía desalentado á Juárez : « Ya no puedo continuar levantando á cintarazos á hombres consumidos por las fiebres y por el hambre, para acabarlos de matar en vez de hacerlos marchar. Se tiran al suelo y dicen : « Máteme, mi jefe, pero ya no ando más. » Hace tres días, sus familias en tumulto me dijeron : « Ya no podemos hacer más; queremos que nuestros hombres enfermos y maltratados vengan á morir á sus jacales; ya no queremos más que á nuestros maridos, hermanos é hijos; ya no queremos patria. » (*Documentos para la Historia de México.* t. 3. Docum. 162).

Hasta D. Matías Romero llegó á creer que el Imperio de Maximiliano se sostendría. » (*Cos.* t. 23. p. 107) Juárez, abandonado de sus mismos funcionarios, decía en enero de 1864 : « Es verdad que la situación nos es desfavorable por ahora, y no me hago la ilusión de creer que estamos en tiempos bonancibles. » « La deserción de funcionarios y empleados comenzó en San Luis Potosí; y desde el Saltillo hasta el Río Bravo, apenas acompañaban al señor Juárez sus tres ministros y un pequeñísimo grupo de empleados. » (*Glor.* p. 477).

En la misma Oaxaca, suelo nativo del redentor de la República, lo más culto de la sociedad proclamó el Imperio. « La firma de esos desventurados vasallos, dice el despechado 'Angel Pola, ha quedado indeleble en un documento » al calce del cual aparece la de un futuro ministro del General Díaz, Manuel Dublán, quien suscribió los siguientes conceptos : « Oaxaca, señor, que ha aceptado franca y lealmente el Imperio por la convicción que tiene de que es el único faro de esperanza en la deshecha tormenta revolucionaria que ha agitado á México, tiene un motivo más para afirmar su adhesión á V. M. No han transcurrido cien días desde que el Departamento se amparó bajo el pabellón del Imperio, y prácticamente todo el mundo conoce que la transformación es completa. Nada de teorías, promesas y programas que han engendrado la decepción y el desaliento. Hoy garantías, orden, tolerancia y reconciliación, son verdades que individualmente tiene una ocasión de sentir. »

Lo justo y racional por parte de los liberales en estas circunstancias, hubiera sido desistir de toda oposición armada al nuevo gobierno, y acatar la voluntad del pueblo, conforme al principio de la soberanía popular. « La voluntad libremente expresada de la mayoría del pueblo, decía Sebastián Lerdo de Tejada, es superior á toda Constitución., á cualquiera ley, siendo la primera fuente de toda ley... La misma Constitución reconoce expresa-